

EL HOMBRE RAMÓN Y OTROS PAPELES (NOTAS SOBRE UN EXPEDIENTE)*

Andrés LIRA
El Colegio de México

LO QUE PRESENTO A USTEDES ES EL PRIMER TANTEO para la edición de ciertos documentos que obran en dos expedientes de Ramón Iglesia. Uno, que he podido leer, se encuentra en El Colegio de México y otro, del que sólo he tenido noticia por Álvaro Matute —quien mejor conoce y ha estudiado la obra de Iglesia—, se halla en los archivos de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.

Con ese carácter provisional van estas líneas que intitulo, parodiando el último libro de Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, publicado aquí en 1944 y reeditado con organización sistemática y una magnífica introducción de Álvaro Matute, por el Fondo de Cultura Económica en 1986 y 1994.

Vamos pues a nuestro expediente de El Colegio de México, cuyo encabezado es bien escueto, según corresponde a un registro burocrático:

Ramón Iglesia, español, nacionalizado mexicano, casado. Archivero-Bibliotecario en la Biblioteca Nacional de Madrid, España; miembro del Centro de Estudios Históricos de Madrid;

*Una primera versión de este trabajo se presentó en la reunión sobre “Los refugiados españoles y la cultura mexicana”, organizada por la Residencia de Estudiantes de Madrid y El Colegio de México, México, D.F., 26-28 de noviembre de 1996.

secretario de la revista *Tierra Firme*, y autor de varias obras sobre asuntos históricos.

Domicilio: Lerma, 259. Depto. F. No tiene teléfono.

Nada incita más el ánimo que los datos inconclusos sobre quien sabemos algo y queremos saber más; tenemos que asumir el reto de sujetarnos a la evidencia para apreciar bien esos testimonios. En el expediente aparece una primera comunicación telegráfica de Alfonso Reyes, presidente de La Casa de España en México, a Francisco Trejo, director de Población en el puerto de Veracruz, fechada el 21 de junio de 1939 y dice así:

RUÉGOLE COMUNICAR RAMÓN IGLESIA. ESCUELA DE VERANO UNIVERSIDAD NACIONAL OFRECE CURSO ELEMENTAL ESTUDIANTES NORTEAMERICANOS SOBRE *EL QUIJOTE* DEL TRES DE JULIO AL QUINCE DE AGOSTO CINCO HORAS SEMANALES REMUNERACIÓN TOTAL DOSCIENTOS CINCUENTA PESOS INTELIGENCIA AQUÍ PROPORCIONAREMOS ELEMENTOS BIBLIOGRÁFICOS.

GRACIAS

REYES

(Rúbrica)

Casa de España en México

Madero 32-306

Ciudad.-AR. ess.

Quiere hacerse llegar al hombre, varado en Veracruz, hasta el altiplano en el que ya se había abierto y amueblado La Casa de España en México, en el domicilio del Fondo de Cultura Económica (Madero 32, ciudad de México). Y llegó el hombre con su esposa Marina, a pasar apuros. La preparación de las clases que implicaba muchas horas de trabajo y la escasa remuneración apenas alcanzó para sobrevivir los primeros días. De esos apuros los sacó la generosidad bien dispuesta de algunos mexicanos y mejor encabezada por Alfonso Reyes, según recordaría el mismo Iglesia en una carta del 17 de abril de 1946, cuando ya lejos de México, desde Madison, Wisconsin, decía a don Alfonso:

Una vez más, ¡qué lástima no poder hablar con Vd.! Dejo parar la máquina y dejo apagar la pipa, cavilando en lo que

han sido estos años, desde que Vd. en 1939 me tendió la mano cuando Marina y yo comíamos en aquel comedor de caridad que está en el Zócalo, al costado de Catedral. Bien sabe Dios que yo prefiero México a esto; pero habrá que pensar con la cabeza. A Marina le sienta esto mejor que la altura, y tanto ella como yo tenemos familiares en España a los que habría que ayudar, cosa en la que no podemos pensar estando ahí.

En fin, que en el altiplano y con la sola remuneración de unos cursos de verano Ramón Iglesia y Marina su esposa la pasaban mal, por lo que aquel diligentísimo mexicano que fue Alfonso Reyes no escatimó artes para disponer que la escasa hacienda de La Casa de España beneficiara al matrimonio, alojado en ese entonces en el núm. 25 de la calle de Madrid, de esta ciudad, donde recibió Iglesia una carta de Reyes fechada el 25 de julio:

Mi querido amigo:

De acuerdo con nuestras conversaciones, le confirmo la siguiente proposición que quedará en calidad de convenio con La Casa de España en México en cuanto reciba la respuesta afirmativa de usted, por escrito.

1º La Casa de España encomienda a usted un estudio monográfico sobre los cronistas e historiadores de la Nueva España en los siglos XVI y XVII.

2º El plazo convenido para la entrega de esta obra es de *ocho meses* a partir del 15 de agosto próximo, pero es prorrogable por mutuo acuerdo, según necesidades mismas del trabajo.

3º En calidad de anticipo sobre derechos de autor que a usted le corresponden, La Casa de España le proporcionará, a partir de la fecha indicada, la suma de \$300.00 (TRESCIENTOS PESOS). En ningún caso La Casa de España descontará a usted, sobre derechos de autor, suma alguna que quede comprendida en el total de \$300.00 mensuales por ocho meses. Si hubiere lugar a alguna prórroga del plazo, la importancia de la nueva suma se decidirá por mutuo acuerdo.

En espera de su aceptación, me es grato saludarlo cordialmente, subscribiéndome su amigo y atento s. s.

El Presidente
Alfonso Reyes

Era —como luego oí decir a José Gaos— un traje a la medida, cortado en la tela de la que se disponía, para acoger a un talento que fructificaba y al que había que arraigar. Quizá el traje no resultó tan bien hecho, o, mejor dicho, de este intento resultaron hechuras diferentes. Pero, como quiera que haya sido, la oferta era generosa, daba lo que se podía ofrecer innovando prácticas y alargando recursos (pensemos que en aquellos años no había en México carrera de profesor de tiempo completo y que a muy pocos se contrataba por obra determinada; que un contador medianamente pagado en una ciudad del interior ganaba 70 pesos mensuales y en la capital, de 200 a 250).

Ramón Iglesia respondió ese mismo día entusiasmado por la oferta.

Contestando a su carta de fecha 25, tengo el gusto de manifestarle que estoy plenamente de acuerdo en realizar el trabajo en ella indicado, en las condiciones estipuladas.

No necesito insistir en la emoción y el agradecimiento que me produce el que La Casa de España, de su digna presidencia, me permita continuar estudios que la guerra me había forzado a interrumpir.

Los estudios interrumpidos por la guerra civil de España eran trabajos sobre la *General Historia* de Alfonso X y sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Valiéndose de conocimientos filológicos y crítico historiográficos, Iglesia avanzó en la edición de la obra de Bernal Díaz. La experiencia de la guerra, en la que sirvió como oficial del ejército republicano, desató una exigencia interpretativa, que algunos de sus colegas calificaron de relativismo extremo. Lo cierto es que Iglesia valoró la experiencia personal como elemento imprescindible en el trabajo del historiador, quisiéralo o no reconocer quien recogía y transcribía testimonios. De esto hay muestra fehaciente en los dos libros que publicó en México (*Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, que publicó El Colegio de México en 1942 y *El hombre Colón y otros ensayos*, que apareció en 1944, como ya lo indicamos). En este tema lo mejor es dejar la pala-

bra a Juan Ortega y Medina, a Luis González y González y a Álvaro Matute (véase la introducción de Matute a Iglesia 1944, que contiene la bibliografía aludida), para volver a nuestro expediente.

Las instituciones cambiaron. La Casa de España se transformó en El Colegio de México, bajo la presidencia de Alfonso Reyes. Se constituyó en octubre de 1940 y fue invitado a colaborar como miembro, a partir de 1941 en el flamante Centro de Estudios Históricos bajo la dirección del joven historiador Silvio Zavala, a quien conocía desde Madrid. El sueldo sería de 600 pesos mensuales, a Iglesia se encargaba el seminario de Historiografía de la Nueva España, en la que andaba muy entrado con nuevo aliento de obras de historia e interpretación de la historia que se había dado a la tarea de traducir. De esto hay evidencia en los documentos que manejamos y también la hay —aunque indirecta— de la relación de Iglesia con instituciones estadounidenses. En 1940 había entrado en tratos con la Universidad de California y proyectaba un viaje a Berkeley. De esto hablaba Reyes en su carta del 13 de diciembre, cuando decía que se podía ajustar el desempeño de Iglesia en el seminario de Historiografía Novohispana a las condiciones del viaje, ciñendo el compromiso a los meses de los que pudiera disponer.

Iglesia contestó el 16 agradeciendo la oferta. Aún no resolvía lo de su viaje a Estados Unidos, la obra sobre historiografía novohispana iba por buen camino y estaba entusiasmado para probar suerte en Berkeley.

Reyes lo animó para que hiciera de ese viaje un buen retorno a México, El Colegio se afirmaba como institución recogiendo y enriqueciendo con la presencia de estudiantes becarios lo iniciado en La Casa de España en México. Así, con prometedores augurios, partieron Iglesia y su esposa.

En Berkeley las cosas parecieron entorpecerse. Tras las fatigas del viaje, en el que había tenido que “luchar a brazo partido con autoridades de toda índole”, para hacer efectivo el permiso de residencia en Estados Unidos que expiraría el 20 de mayo, se encontró con una universidad multitudinaria.

Esto la verdad me impone un poco [escribía el 21 de enero a Reyes]. Nunca había visto una ciudad universitaria así, con 15 000 estudiantes y un número de profesores que supongo no será mucho menor, a juzgar por lo que hay en el Departamento de Español. La primera sensación es de desasosiego, de que este monstruo se lo va a tragar a uno, lo va a dejar completamente laminado, sin el menor resquicio por donde pueda salir a flote la propia personalidad.

El tono pesimista y precipitado de Iglesia corresponde a una actitud manifiesta en trabajos posteriores y que entonces, en esa carta del 21 de enero de 1941, se explica, como en las páginas de sus libros, por el choque de la rutina académica y la experiencia histórica.

Veremos cómo salgo [decía Reyes]. No creo que sea fácil avenirme con la repetición mecánica de lo que se hace por aquí, ¡estos libritos de texto en que se explica todo, sobre todo la España de hace unos años! ¡Qué angustia hacerlos hoy! ¡Qué sensación de andar entre escombros y desechos! ¡Qué ganas de gritarles: ¡no, no es esto!, a los señores que siguen recorriendo periódicos para sus bibliografías exhaustivas.

No hay para qué abundar sobre este testimonio manuscrito si recordamos las muchas páginas impresas de Ramón Iglesia que ya tenemos en sus libros. La disparidad entre experiencia y elaboración erudita fue el signo de su generación; bastaría traer a cuento el recuerdo de Eugenio Imaz, compañero de impacencias de Iglesia, y el de José Medina Echevarría, cuya obra ilustra la tensión entre el precipitado de la experiencia y la responsabilidad del hombre con talento político. Iglesia se esforzó por hacer de la experiencia entendimiento histórico. Lograr tal armonía era lo que convenía a un jornalero intelectual, a un profesor que tenía que hacer méritos frente a las instituciones en las que trabajaba y convencerse a sí mismo de que era dueño de su experiencia pese a lo extenuante del trabajo, pues había que cumplir con las tareas asignadas en la Universidad de California, cursos para grupos masivos de estudian-

tes, y seguir las tareas y el diálogo con los amigos de El Colegio de México, todo a costa de horas de sueño y de reposo.

La crisis no se hizo esperar. Algo se supo en México, quizá más por la interrupción de la cotidiana comunicación epistolar de Iglesia que por noticias expresas. El caso es que Daniel Cosío Villegas recibió, de su antiguo discípulo Enrique Bravo, una carta fechada el 5 de marzo en la que le explicaba cómo luego de su llegada a Berkeley Ramón Iglesia se había dado a trabajar sin descanso acumulando información, como el bibliófilo de Anatole France; que no se había ahogado, como ocurrió a ese personaje, sepultado en sus papeles, pero que se hallaba en un hospital psiquiátrico y su esposa, la pobre Marina, viviendo lo menos mal posible gracias a la buena acogida de estudiantes españoles que habían llegado a Berkeley después de la guerra civil española.

Así era. Iglesia había sido internado en The Libermore Sanitarium desde el 16 de febrero, según contaba el mismo Iglesia a Alfonso Reyes en una carta escrita en papel membretado del hospital, fechada el 24 de marzo, en que le permitieron por fin entrar en comunicación con el mundo exterior. Se disculpaba por no haber contestado a sus amigos de México y daba explicación detallada:

Los doctos afirman que he tenido un *breakdown*. Ellos sabrán. Lo que yo sé es que el jueves 13 de febrero, entre 10 y 11 a.m. (hora de S. Francisco) dialogando en mi clase con una alumna del grupo 110 B [Prose of the Twentieth Century] [*sic*] comprendí *de golpe* la teoría de la relatividad de Einstein, e ingresé en el universo einsteniano por derecho propio.

Por lo visto estas cosas se pagan en la actualidad con unos meses de sanatorio. Por mi parte encantado. He aprendido más que si hubiera estado en Berkeley. Lo siento por las alumnas [¡ah, el subconsciente!, quería haber dicho alumnos] y por Marina, que la pobre se asustó mucho.

Se despedía enviando saludos a los amigos y encareciendo que Regueda y Giner le escribieran chismorreándole un poco para poder soportar el paraíso artificial que

era el sanatorio, pues Libermore resultaba bastante aburrido, como todos los paraísos.

Se hallaba, evidentemente, bajo los efectos del tratamiento. La excitación, propia de su carácter, apenas se había moderado; fue cediendo en los días siguientes para convertirse en penosa conciencia de su invalidez. Retomaba correspondencia interrumpida y daba formal satisfacción a los requerimientos de su deuda con El Colegio de México. Cuatro días después, el 28 de marzo de ese 1941, en papel membretado del The Libermore Sanitarium, escribía al secretario general, Daniel Cosío Villegas:

Mi querido amigo:

Creo que no hacen falta demasiadas explicaciones a mi forzado silencio si se fija Vd. en el papel en que le escribo.

Me están fastidiando. Me repiten desde la mañana a la noche *take it easy*, y ésta es la hora en que una vez más no sé ni dónde están mis libros, ni mis papeles, ni nada. Y si siguen en este plan el 20 de mayo supongo que vendrá la policía a ponerme quizá no tan *easy* al otro lado de la frontera.

A ver si por lo menos estas cartas llegan a manos de Vds. Hace un par de días le escribí a don Alfonso. Les ruego me contesten para que pueda yo convencerme de que si me dejan escribir no es simplemente porque figura en el programa de mi *occupational therapy*.

¡Lo que esta buena gente me ha hecho sufrir! Yo que he tenido todo el tiempo la obsesión —Vd. sabe tanto como D. Alfonso— de procurar deshacer con mi trabajo y con mi conducta la impresión lamentable que han producido entre Vds. otros españoles distinguidos —mucho más distinguidos que yo, desde luego— me veo forzado a no poder mirar un libro, a temer cada minuto que Vds. puedan pensar que soy una especie de Mario Zambrano, o algo por el estilo.

Me carga este exceso de civilización. Esta gente que es admirable por muchos conceptos, es incapaz de comprender que no a todos ha puesto el destino las mismas cartas en la mano. Que si yo trabajaba durante el día preparando mis clases y durante la noche leía libros para mantener el contacto con Vds., eso es cuenta mía y no de ellos.

En lo que va de esta carta espléndida vemos al hombre cuyas capacidades han sido rebasadas por las tareas que se

impuso y que trató de cumplir y que no por la impaciencia y el sentido de frustración que ello le ha provocado deja de reconocer límites y méritos, de los que se hace cargo a continuación.

En fin, a lo hecho pecho. Ahora ni me será posible corregir mi manuscrito, ni nada. He podido comprar algunas obras que creo les interesarán. Esta gente trabaja mucho, y algunos hasta trabajan bien. A mi ver si antes del 20 de mayo me dejan por lo menos volver a Berkeley para que recoja algunas notas que tenía allí para Vds.

Por lo pronto, de memoria reconstruía lo que en sólo cuatro semanas que había estado en Berkeley había podido recoger de interés para México. Recomendaba la excelente tesis de Woodrow Borah sobre la seda en México, pendiente de publicación en la University of California Press; mencionaba el libro de Haring sobre *Comercio con las Indias Occidentales*, del que había hablado con Cosío Villegas antes, por más que se declaraba incompetente en la materia; de Simpson decía que había entregado un manuscrito titulado "Many Méxicos" a una editorial de Nueva York. A esta reconstrucción pudo agregar una nota sobre dos libros, el de John D. Hicks, *The American Nation. A History of the United States from 1865 to the Present*, y el de Trevor Davies, *The Golden Century of Spain*, dando ficha completa del primero y del segundo datos al tanteo.

No era poco lo que había trabajado Iglesia, ahora prostrado en el sanatorio e inconforme con la imposición de la convalecencia, preocupado por lo que de él pudieran pensar quienes le habían dado su confianza y, por si fuera poco, angustiado por el futuro incierto, en el que sólo veía llegar la fecha en que vencía el permiso de residencia, pues tal es lo que parece decir cuando menciona el 20 de mayo.

Sin embargo, se daba espacio al final para enviar saludos muy especialmente a Eugenio Imaz y a Javier Márquez y para comentar lo que veía en México.

Salude a Silvio y a O'Gorman, si los ve. ¿Siguen dedicados al grato deporte de poderse soportar mutuamente? No sé cómo

diablos se va a poder trabajar con esa tendencia centrífuga que por lo visto engendran los altiplanos —y conste que no lo digo por los mexicanos, porque los españoles les están dando ciento y raya.

Debo confesar que hace cerca de 20 años que vi este expediente y que desde entonces me vino la idea de publicarlo, pero que la crueldad de la experiencia que en ellos se muestra sin más paliativo que el que puede darnos el buen estilo de Iglesia, me ha detenido. Sin embargo, creo que la calidad de él y de quienes lo rodearon nos lleva a apreciar la bondad y la elegancia como signos dominantes en aquella tormenta.

Reyes y Cosío respondieron alentándolo, sobre todo el primero, que tomaba con buen sentido los comentarios sobre el *take it easy*, síntoma del restablecimiento, le recomendaba no tratar de abarcar de un golpe el universo y le decía que lo esperaban para continuar las labores en el Centro de Estudios Históricos y para contar chismes. En otra carta Reyes recomendaba al doctor Bernardo Castellum, de Mazatlán, sugiriéndole que se detuviera ahí para afirmar el restablecimiento. Iglesia había emprendido el camino a México, donde lo esperaban sus amigos.

El regreso fue difícil, lo sabemos por carta que escribió a Reyes el 25 de mayo desde Guadalajara, donde fue acogido generosamente en la residencia del señor Stanford, cónsul de Estados Unidos en esa ciudad. Sobre Iglesia pesaba ahora, más que el sentimiento del fracaso por lo ocurrido en Berkeley, el de vergüenza —pena, diríamos los mexicanos— por no poderse hacer cargo de las tareas a las que se había comprometido en El Colegio de México. Después de todo, reflexionaba, aquella mala experiencia le había permitido ver más claramente el caos que eran los estudios históricos. Confiaba en rehacerse si contaba con tiempo, por lo que, mortificado, solicitaba la extensión de la beca de El Colegio como una licencia de enfermo. Pese a todo, su actividad intelectual no había cesado y por ello se animaba a solicitar la beca. “La tal enfermedad [decía a Reyes] es de lo más notable, porque no me impide tra-

bajar mientras estoy solo. Lo que me hace daño es hablar y esforzar la atención hacia cosas externas. Casi no leo, pero en cambio escribo mucho. Estoy, auténticamente, de parto”.

¿Qué fue de las criaturas que alumbró Ramón Iglesia en esos días? No sabemos. Debió cargar con ellas y es posible que se encuentren entre los papeles que dejó al morir en Wisconsin. En nuestro expediente sólo hallamos cartas, la que sigue es una de Javier Márquez, encargado de la Secretaría de El Colegio por ausencia de Cosío Villegas, con la que envió a Iglesia 200 pesos. Reyes no lo vio, se cruzó con él en el camino, fue a Berkeley a recibir el doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad de California, haciendo un viaje relámpago en su coche Buick, acompañado de su hijo y de su *chauffeur*, toda una hazaña deportiva que narró en su “Berkeleyana” (*Obras completas de Alfonso Reyes*, t. xxiv, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 95-116), realizada en cumplimiento del deber, pues en ausencia de Cosío Villegas, entonces de viaje por América del Sur, el único que podía firmar los cheques para pagar a profesores, becarios y empleados era el presidente de El Colegio. Reyes tuvo que ir a Berkeley y regresar a México en escasos 17 días (13-30 de mayo). De ahí la parquedad y el carácter provisional de los recursos que envió Javier Márquez a Iglesia. Había que esperar el regreso de Reyes y de Cosío para decidir la situación de Iglesia.

Para entonces Iglesia era ya figura bien apreciada. Lo habían mencionado en la Universidad de Wisconsin, donde buscaban un profesor de literatura española. El 16 de junio de 1941, William E. Bull escribía a Reyes pidiéndole que lo ayudara a salir del apuro en que lo habían metido los de Wisconsin al pedirle una carta de recomendación de Ramón Iglesia; Bull, sabedor de la crisis nerviosa que había sufrido en California, no se atrevía a darla; los de Wisconsin presionaban, querían a toda costa un profesor que hubiera trabajado en el Centro de Estudios de Madrid. Bull no se decidía a escribir a Iglesia, no quería crear expectativas que lo excitaran ni favorecer una competencia desleal con El Colegio de México.

A los pocos días, el 27, Reyes contestó:

Por nuestra parte no tendríamos el menor inconveniente en ceder a la Universidad de Wisconsin a Ramón Iglesia, puesto que sería para su bien. Pero, tras de pensarlo detenidamente, no nos sentimos autorizados a opinar sobre su actual resistencia al trabajo, aunque todas las manifestaciones de su salud parecen buenas, sino que preferimos aconsejarle a usted que solicite la información directa a la Universidad de California y de los médicos que allá le atendieron.

No he tratado el asunto con el interesado, para no comprometerlo antes de que sobrevenga una resolución definitiva.

Lo cierto es que Iglesia y Marina su esposa andaban de médico en médico, él tenía que recuperarse y ella padecía desórdenes intestinales agravados por la altura de la ciudad de México. Por si fuera poco, a El Colegio llegó la época de vacas flacas; recortes en el subsidio de la Secretaría de Educación Pública llevaron a la determinación de bajar el sueldo de los profesores, de 600 a 450 pesos mensuales. Lo anunció Reyes a cada uno en carta del 16 de febrero de 1942, rógandoles que en caso de aceptar las condiciones consideraran que el contrato tendría vigor de marzo a diciembre de ese año. Iglesia respondió aceptando y manifestando agradecimiento y entusiasmo, el 19 de febrero.

Las labores del Centro de Estudios Históricos continuaron. Bajo la dirección de Silvio Zavala se organizaron cursos y seminarios y se apreciaron los trabajos de los estudiantes al término del año, en diciembre de 1942. De esto resultó la posibilidad de una publicación, cuya revisión se encargó a Iglesia, aunque fue encabezada por Silvio Zavala, pues tuvo que hacerse cargo del curso de historiografía en ausencia de Ramón Iglesia. Por su parte Reyes formalizaba nuevas contrataciones para 1943, sobre la base de los 450 mensuales y contrato anual, pues no había otra posibilidad.

Como haya sido, 1942 fue un año satisfactorio. Se afirmó el programa docente en historia y apareció el libro de Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 292 páginas con las que cumplía con su primera contratación, la de La Casa de España rectificada por

El Colegio de México, y en la que se consideraron varias aportaciones. La principal, entre los historiadores estudiados, fue la referente a Francisco López de Gómara.

La obra fue comentada en revistas estadounidenses. En México la reseñó Silvio Zavala, en *El Noticiero Bibliográfico* del Fondo de Cultura Económica (t. III, núm. 21, agosto de 1942). Ponderó los méritos, pero hizo tres observaciones: los peligros del relativismo histórico, que llevaban a la confusión de perspectivas, pues a veces no se sabía si interpretaba textos o hablaba el autor atribuyendo a los personajes de la historia lo que él decía y pensaba; la desproporción en el capitulado, dejando a historiadores como Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería poco espacio en comparación con Cortés, quien no fue propiamente historiador. Finalmente, el exceso en las citas textuales, lo que restaba agilidad a la obra. Zavala recordaba, echándolo de menos, el acierto con el que Iglesia se había desenvuelto en el "Hombre Colón", publicado en *Revista de Occidente* en 1930.

Como profesor de El Colegio de México en 1943, Iglesia siguió trabajando en serio. Que se adentraba en la historia del México novohispano lo muestran trabajos como "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", conferencia dictada el 14 de octubre para la Sociedad Mexicana de Historia (asociación en la que participaban estudiantes y profesores de diversas instituciones y en la que se presentaron excelentes trabajos) y que luego recogió en su último libro, *El hombre Colón y otros ensayos*, aparecido en 1944, año en el que se disponía a abandonar el país. A fines de 1943 había pedido a Alfonso Reyes que le permitiera seguir en El Colegio sólo el tiempo necesario para concluir los trabajos pendientes, a lo que, consecuente como siempre, accedió Reyes. Iglesia había obtenido la beca Guggenheim y salió antes de que apareciera *El hombre Colón*, del que Reyes le comentó en carta de diciembre, cuando Iglesia estaba en Washington, que era magnífico, al tiempo que le informaba sobre los planes del Centro de Estudios Históricos, en los que había lugar para los afanes de Iglesia, volcados ahora en la obra del franciscano Jerónimo de

Mendieta. Reyes, conciliador, ofrecía la posibilidad de un curso de historiografía de la conquista espiritual de la Nueva España, para aprovechar el entusiasmo de Iglesia. Pero lo cierto es que su relación con El Colegio de México se hacía más y más distante; por carta hubo de pedírsele y él darla, constancia de estudios de varios alumnos del Centro; con poco o ningún entusiasmo escribió los comentarios que se le pidieron oportunamente sobre el plan de cursos del mismo Centro de Estudios Históricos y, en fin, todo parecía confirmar los temores de Alonso Reyes sobre la pérdida de profesores que las dificultades materiales, las rivalidades y la desadaptación iban provocando en El Colegio de México.

Iglesia regresó a México en 1945 y se reintegró a las labores de El Colegio durante el semestre marzo-agosto. En junio tuvieron lugar las mesas redondas sobre “La verdad en la Historia”, bajo los auspicios de la Sociedad Mexicana de Historia en El Colegio de México; participaron Edmundo O’Gorman (principal instigador del debate), Alfonso Caso, Rafael Altamira, José Gaos y otros. Ramón Iglesia leyó su ensayo “El estado actual de los estudios históricos” (véase Matute, 1974, pp. 34-65). Iglesia había arraigado en México y había ganado el respaldo de colegas y alumnos, a quienes consideraba colegas, pero a fines de agosto salió a Washington para continuar los estudios sobre Mendieta, apoyado por la renovación de la beca Guggenheim. Dejaba, según informaba a Reyes, varios trabajos, entre los que destacaba su “Invitación al estudio de Mendieta”, en *Cuadernos Americanos*, que con tan buen tino recogió Álvaro Matute en su edición de *El hombre Colón*; un conjunto de trabajos de los alumnos del curso de Historiografía de Nueva España, preparados para la imprenta; un interesante documento de la época de Revillagigedo, y textos sobre la interpretación de la historia, para integrar una *Jornada* del Centro de Estudios Sociales, que dirigía José Medina Echevarría.

No acababa de asentarse en Washington, cuando se recibió en México un telegrama de Arthur Hamilton, invitándolo como profesor visitante a la Universidad de Illinois, con 3000 dólares de sueldo por ese semestre, a partir del

10 de octubre. Lo localizaron en Washington y aceptó, no sin muchos reparos por lo que ello significaba, principalmente por el retraso de su regreso a El Colegio de México, pospuesto para 1947. Seguía, como se ve en su correspondencia, pendiente de los amigos de la emigración y de los alumnos de El Colegio. No desconocía compromisos y trabajaba para cumplirlos, pero lo cierto es que no dejaba de aceptar nuevos, engolosinado por la actividad intelectual. Y estaba consciente de ello, lo lamentaba en cartas en las que se hacía planes para cumplir con lo que se iba echando a cuestras y sopesando obstáculos. Lo cierto es que, por apurado que anduviera, no dejó de referirse con gusto a esa experiencia intelectual. He aquí una muestra, parte de una carta a Alfonso Reyes, del 3 de diciembre de 1945, en la que expuso un apretado, por no decir angustioso, plan de trabajo:

Hablando de cosas más gratas, dígales a Medina y a Herrero —si es que sigue yendo este último por ahí— que he conocido, por fin, al profesor Znaniecky, el sociólogo, que me hizo unos elogios fantásticos de la traducción que Herrero había hecho de sus cosas —conoce el español bastante bien, lo aprendió para leer el Quijote—. Me dijo que nunca había visto una traducción tan buena y que en ocasiones mejoraba el original, pues había adoptado algunos términos técnicos del traductor, que mejoraban los suyos. También me dijo que había leído el libro de Medina sobre los problemas de la paz y que lo encontraba muy bueno, muy claro y completo. Que debía traducirse al inglés.

La suerte de Iglesia se definió en 1946. Fue invitado como *associate professor*, con sueldo de 6 000 dólares anuales, a la Universidad de Wisconsin, para llenar el lugar que Arturo Solalinde había dejado al morir; pedía consejo a Alfonso Reyes, luego de pasar un tiempo en Wisconsin (de hecho, la carta del 3 de diciembre de 1945 fue escrita en papel de la Universidad de Wisconsin). Es la carta del 17 de abril de 1946 que citamos al comenzar esta charla, en la que declarando sus preferencias y afectos por México, señala que hay que pensar con la cabeza y ver las conve-

niencias para la salud y para la economía, sobre todo en la circunstancia en la que había que ayudar a los parientes en España.

Reyes contestó pronto, el 22 de abril, con franqueza. Lo de pensar con la cabeza estaba bien; el año entrante, 1947, sería para México año de crisis, en su sentido literal de nueva prueba, pues habría cambio en el gobierno y temía que los apuros económicos de El Colegio empeoraran, por lo que no dudaba en recomendar la aceptación de oferta hecha por la Universidad de Wisconsin. Así convenía a la salud de Marina y a los intereses familiares. Las puertas de El Colegio seguirían abiertas para cuando decidiera regresar.

El vínculo con El Colegio no se interrumpió, pero se fue haciendo en cartas que marcaban la lejanía. Una afectuosa a Rubín de la Borbolla, secretario de El Colegio, fechada el 20 de septiembre de 1946, a la que acompañaba un largo informe curricular, escrito de memoria y a vuela máquina para responder a una circular de El Colegio de México; otras a Alfonso Reyes, sobre cuestiones de trabajos realizados en España y que podían terminarse y aprovecharse si se lograba sortear a los militares y eclesiásticos que había ocupado el centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Madrid. Esto era en noviembre de 1946. En febrero de 1947 escribió diciendo que no podría moverse sino hasta el verano de 1948; mientras tanto apuraría el trabajo pendiente por carta, para editar los escritos que había en El Colegio de México.

Ese verano no llegó, el 5 de mayo de 1948, poco antes de cumplir los 43 años de edad —siempre me pareció mayor, nació en Santiago de Compostela el 3 de julio de 1905—, halló la muerte cuando cayó de un alto piso en la ciudad de Madison, Wisconsin.

Nuestro expediente se cierra con una carta breve, en la que se dispone una ceremonia de homenaje a Ramón Iglesia, otra en la que se remiten raquílicas regalías a su esposa por un artículo de él publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, otra manuscrita de Manuel Rivera Regalado, dibujante aficionado a la investigación histórica, solicitando a Ramón Iglesia su colaboración en ciertos estu-

dios sobre la época 1776-1820, con el fin de ilustrar la vida de los californios. Manuel Rivera había nacido en 1886 en México, llevaba muchos años en California y había trabajado en archivos de Estados Unidos, de México, España y Portugal. No se había enterado de la muerte de Iglesia, escribía en diciembre de 1951. Luis Santullano le contestó informándole: “nuestro amigo falleció en los Estados Unidos hace más de un año”.

—Tenía más de dos años y medio de muerto.

BIBLIOGRAFÍA

IGLESIA, Ramón

- 1994 *El hombre Colón y otros ensayos*. Reimpresión de la segunda edición. Introducción de Álvaro Matute. México: Fondo de Cultura Económica.

MATUTE, Álvaro (comp.)

- 1974 *Teoría de la historia en México (1940-1973)*. México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 126».
- 1992 “Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica”, en *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquio de análisis historiográfico)*. Introducción, edición e índice por Álvaro Matute. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 99-104.

REYES, Alfonso

- 1990 “Berkeleyana”, en *Obras Completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, vol. xxiv, pp. 95-116.

SIMPSON, Lesley B.

- 1945 *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*. Con una consideración sobre el estado actual de los estudios históricos, por Ramón Iglesia. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Sociales. «Jornadas, 51».